



PREMIO INTERNACIONAL

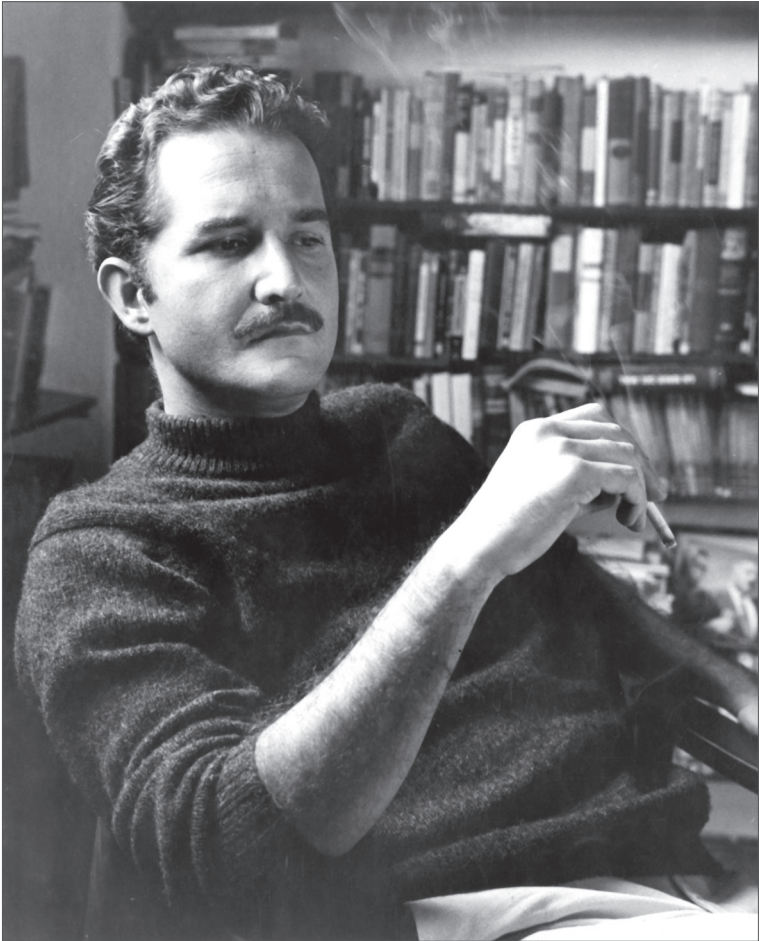
CARLOS FUENTES

A LA CREACIÓN LITERARIA
EN EL IDIOMA ESPAÑOL

2023

Elena
Poniatowska

*Incluye fragmentos de su obra
seleccionados por la propia autora*



PREMIO INTERNACIONAL CARLOS FUENTES
A LA CREACIÓN LITERARIA EN EL IDIOMA ESPAÑOL

PREMIO INTERNACIONAL
CARLOS FUENTES
A LA CREACIÓN LITERARIA
EN EL IDIOMA ESPAÑOL
2023

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información.

Título: *Elena Poniatowska : Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español 2023*.

Descripción: Primera edición. | Edición no venal. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México : Secretaría de Cultura, 2023. | Serie: Colección Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español.

Identificadores: LIBRUNAM 2220273 | ISBN 978-607-30-8206-8 (UNAM) | ISBN 978-607-631-243-8 (Secretaría de Cultura).

Temas: Poniatowska, Elena. | Premios literarios.

Clasificación: LCC PQ7297.P74.Z6 2023 | DDC 863—dc23

Ilustración de la portada: Manuel Monroy.

EDICIÓN NO VENAL

© 1979, *De noche vienen* de Elena Poniatowska
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
SEIX BARRAL M. R.

© 1980, *Fuerte es el silencio* de Elena Poniatowska
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
SEIX BARRAL M. R.

D. R. © 2023, Elena Poniatowska

Primera edición: 13 de octubre de 2023

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510, Ciudad de México

D. R. © 2023, Secretaría de Cultura
Av. Paseo de la Reforma 175,
Colonia Cuauhtémoc, 06500, Ciudad de México

ISBN: 978-607-30-8206-8 (UNAM)

ISBN: 978-607-631-243-8 (Secretaría de Cultura)

El contenido de esta obra es responsabilidad de los autores y no refleja, necesariamente, la posición de la UNAM.

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Hecho e impreso en México.

Elena Poniatowska

PREMIO INTERNACIONAL
CARLOS FUENTES
A LA CREACIÓN LITERARIA
EN EL IDIOMA ESPAÑOL
2023



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



POSTULACIÓN DE LA SECRETARÍA DE CULTURA DEL GOBIERNO DE MÉXICO

Tlaxcala de Xicohténcatl, a 10 de julio de 2023.
Oficio N° SC / 198 / 2023.

Mtra. Julia Santibáñez Escobar
Coordinadora de la Cátedra Carlos Fuentes
Universidad Nacional Autónoma de México
P r e s e n t e

Estimada maestra Santibáñez,

Con el gusto de saludarla, me permito dirigirme a usted para proponer, en nombre de la Secretaría de Cultura del Gobierno de México, a la escritora **ELENA PONIATOWSKA** como candidata a ser merecedora del **Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español**.

Hélène Elizabeth Louise Amélie Paula Dolores Poniatowska Amor ha entregado su vida a las letras y se ha dedicado a dar voz al pueblo. A sus 91 años, se considera a Elena Poniatowska como **la escritora viva más importante de México**.

En el amplio recorrido de su obra ha desarrollado todos los géneros —crónica, ensayo, cuento, novela, poesía, teatro— y ampliado el ámbito de lo literario para incorporar la entrevista y el reportaje periodísticos. Ha escrito para todos los públicos, entre ellos niños y jóvenes.

Su compromiso con las causas más justas, su acérrima defensa de los derechos humanos y de la diversidad cultural, su visión de la mujer y de México, están a la altura de su calidad literaria que encuentra con cada obra nuevas y nuevos lectores que la veneran.

Me permito relacionar (anexo), para su consideración, los motivos principales de esta postulación, así como un listado de reconocimientos, premios y obra más destacados de la escritora.

Quedamos a sus órdenes, ponemos a su disposición los siguientes datos:

DATOS GENERALES DE LA INSTITUCIÓN

Nombre de la institución	Secretaría de Cultura del Gobierno de México
Contacto / representante	Marina Núñez Bepalova, subsecretaria de Desarrollo Cultural
Teléfono	55 5662 1432
Dirección de correo electrónico	marinanunez@cultura.gob.mx
Domicilio social:	
Calle	Arenal
Número (interior/exterior)	40
Alcaldía	Álvaro Obregón
Ciudad	Ciudad de México
Código Postal	01070
Teléfono (con clave lada)	55 4155 0750
Dirección de correo electrónico	marinanunez@cultura.gob.mx
Página web	https://www.gob.mx/cultura

Sin más por el momento, aprovecho la ocasión para enviarle un muy cordial saludo.

A t e n t a m e n t e



LICENCIADA ALEJANDRA FRAUSTO GUERRERO
Secretaría de Cultura

ANEXO

Tlaxcala de Xicohténcatl, a 10 de julio de 2023.
Oficio N° SC / 198 / 2023/Anexo

ELENA PONIATOWSKA

PREMIO INTERNACIONAL CARLOS FUENTES
A LA CREACIÓN LITERARIA EN EL IDIOMA ESPAÑOL

Hélène Elizabeth Louise Amélie Paula Dolores Poniatowska Amor nació en 1932, en París. Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando ella tenía 10 años, su familia se mudó a México.

Desde muy joven comenzó a trabajar para el periódico *Excélsior*. Su obra periodística destaca de manera especial. Por un lado, condujo entrevistas memorables con artistas legendarios como Juan Rulfo, Dolores del Río, Gabriel García Márquez, Vicente Leñero, Eduardo Galeano, Mathias Goeritz y Rufino Tamayo. Por otro, compuso tramas polifónicas con el testimonio de mujeres y hombres del pueblo, elevadas al arte en sus coberturas de la masacre contra estudiantes de Tlatelolco en 1968, el trágico terremoto de la Ciudad de México en 1985, el levantamiento zapatista de 1994, etc. A partir del testimonio de personajes anónimos y marginales como Josefina Bórquez, configuró una representación narrativa, en parte ficticia y en parte histórica de la Revolución mexicana en *Hasta no verte Jesús mío*. Sus piezas narrativas acerca de Angelina Beloff, Tina Modotti, Gaby Brimmer, Leonora Carrington y Rosario Ibarra, entre otras, replantean los confines entre el testimonio y la ficción literaria, el registro documental y la creación poética y amplían el ámbito, la presencia, la profundidad creativa de la mujer en la literatura.

El rasgo principal de la figura pública de Poniatowska es su vocación democrática. Poniatowska es objeto de un cariño popular genuino y poco común en el mundo de las letras. Esto se debe a múltiples rasgos, entre ellos su modo particular de hablar, franco, sencillo, familiar, marcado por giros populares y opuesto a cualquier afectación solemne, elitista; su elección de la voz anónima para reconstruir lo histórico; su auténtica inclinación política y moral por los olvidados, por los oprimidos y por los que se quedaron atrás; su preferencia por biografar y novelar episodios y figuras entrañables de las luchas sociales; su honradez y humildad intelectual.

Elena Poniatowska ha sido miembro fundador de la editorial Siglo XXI y de la Cineteca Nacional. Fundadora y columnista de *La Jornada*, también ha colaborado con muchísimos medios, como *Ábside*, *Artes de México*, *El Día*, *Equis*, *El Espectador*, *Estaciones*, *Excélsior*, *El Financiero*, *La Cultura en México*, *La Palabra* y *El Hombre*, *Mañana*, *México en la Cultura*, *El Nacional*, *Novedades*, *Punto*, *Proceso*, *Revista Mexicana de Literatura*, *Revista Universidad de México*, *Sábado*, *Siempre!*, *The News* y *unomásuno*.

Su obra ha sido traducida al alemán, coreano, checo, chino, danés, francés, gallego, griego, holandés, inglés, italiano, islandés, japonés, noruego, polaco, portugués, ruso y sueco; y también a lenguas indígenas de México como zapoteco del istmo, mixteco, mixe de Ayutla y mixe de Tlahuitoltepec.

En 2013 recibió el Premio Cervantes —el más importante para un autor en castellano—. Fue la primera escritora mexicana en obtenerlo y la cuarta en la historia del premio.

La obra de Poniatowska ha sido descrita, según el mismo jurado del Cervantes, como una brillante trayectoria literaria en diversos géneros, de manera particular en la narrativa y en su dedicación ejemplar al periodismo. Su obra destaca por su fir-

me compromiso con la historia contemporánea. Autora de obras emblemáticas que describen el siglo XX desde una proyección internacional e integradora. Elena Poniatowska constituye una de las voces más poderosas de la literatura en español de estos días.

PREMIOS Y RECONOCIMIENTOS DESTACADOS

- Beca de la Fundación Guggenheim 1993
- Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte, como creadora emérita desde 1993
- Premio Alfaguara de Novela 2001 por *La piel del cielo*
- Premio Nacional de Ciencias y Artes 2002
- Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Lingüística y Literatura 2002
- Premio María Moors Cabot 2004 otorgado por la Universidad de Columbia
- Premio Rómulo Gallegos 2007 por *El tren pasa primero*
- Premio Literario con su nombre instaurado por el Gobierno de la Ciudad de México desde 2007
- Premio Biblioteca Breve 2011 por *Leonora*, biografía novelada de Leonora Carrington
- Premio Cervantes 2013
- Medalla Bellas Artes del Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura 2014
- Homenaje en el Palacio de Bellas Artes en el marco de sus 90 años, 2022
- Medalla Belisario Domínguez, máxima condecoración que otorga el Gobierno de México, 2023

OTROS PREMIOS Y RECONOCIMIENTOS

- Premio Xavier Villaurrutia 1970 (rechazado en protesta por la matanza de estudiantes) por *La noche de Tlatelolco*
- Premio Mazatlán de Literatura 1971 por *Hasta no verte Jesús mío*
- Premio Nacional de Periodismo de México 1978 por sus entrevistas
- Premio Manuel Buendía 1987 por méritos relevantes como escritora y periodista (otorgado por varias universidades)
- Premio Coatlícue 1990 como la mujer del año, otorgado por *Debate Feminista y Divas*
- Premio Mazatlán de Literatura 1992 por *Tinísima*
- Premio Juchimán de Plata 1993 en ciencias y técnicas de la comunicación, otorgado por la Fundación Juchimán
- Premio Internacional Strachit de Martin 2008
- Premio Nacional de la Asociación de Radio Difusores Polonia 2008
- Premio Internacional Fray Domínico Weinzierl 2009
- Premio Agustín Delgado 2009
- Presea Rosario Castellanos 2010
- Premio Eugenio Galo Espejo Cevallos 2010
- Mención de Honor y Presea Diego Marcelo Morales Ytalco 2011
- Premio Internacional Alberto Spencer Schwiebert Rosalito 2012
- Premio Frida Dimitra Kahlo Witteven-Villagomez, Bolivia, 2012
- Mención de honor y distinción “De las Higuierillas” por parte de la Universidad Og Mandino 2012
- Nombramiento de un tren del Metro de la Ciudad de México con su nombre, 2012
- Medalla José Emilio Pacheco por parte de la Feria Internacional de la Lectura de Yucatán (Filey) 2014

- Nombramiento de una preparatoria de Nuevo Laredo con su nombre, 2016
- Nombramiento de la Unidad Deportiva Municipal “Elena Poniatowska” en Texcoco
- Doctorado *honoris causa* otorgado por la Universidad Autónoma de Sinaloa, 1979
- Doctorado *honoris causa* otorgado por la Universidad Autónoma del Estado de México, 1980
- Doctorado *honoris causa* otorgado por la New School of Social Research de Nueva York, 1994
- Doctorado *honoris causa* otorgado por la Florida Atlantic University, Boca Ratón, 1995
- Doctorado *honoris causa* otorgado por la Universidad Nacional Autónoma de México, 2001
- Doctorado *honoris causa* otorgado por el Manhattanville College, Nueva York, 2001
- Doctorado *honoris causa* otorgado por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2002
- Doctorado *honoris causa* otorgado por la Universidad de Puerto Rico, 2010
- Doctorado *honoris causa* otorgado por la Universidad de París VIII Vincennes-Saint-Denis, 2011
- Doctorado *honoris causa* otorgado por la Universidad de Sonora, 2014
- Doctorado *honoris causa* otorgado por la Universidad Autónoma de Chiapas, 2014
- Doctorado *honoris causa* otorgado por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2015
- Doctorado *honoris causa* otorgado por la Universidad Complutense de Madrid, 2015

- Doctorado *honoris causa* otorgado por la Universidad de Guadalajara, 2015
- Doctorado *honoris causa* otorgado por la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2016
- Doctorado *honoris causa* otorgado por el Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica, 2021

OBRA

- 1954: *Lilus Kikus*
- 1956: *Melés y Teleo. Apuntes para una comedia*
- 1961: *Palabras cruzadas. Crónicas*
- 1963: *Todo empezó el domingo*
- 1969: *Hasta no verte Jesús mío*
- 1971: *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral*
- 1978: *Querido Diego, te abraza Quiela*
- 1979: *De noche vienes*
- 1979: *Gaby Brimmer*
- 1979: *La vendedora de nubes*
- 1979: *No es el león como lo pintan*
- 1979: *México visto a ojo de pájaro*
- 1980: *Fuerte es el silencio*
- 1980: *La casa en la tierra*
- 1982: *Domingo 7*
- 1982: *El último guajolote*
- 1982: *Métase mi prieta entre el durmiente y el silbatazo*
- 1985: *¡Ay vida, no me mereces! Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Juan Rulfo, la literatura de la Onda*
- 1985: *Los cuentos de Lilus Kikus*, ilustraciones de Leonora Carrington
- 1986: *Cuentos de Pascuala*

- 1988: *La Flor de Lis*
- 1988: *Nada, nadie. Las voces del temblor*
- 1988: *Cartas de Álvaro Mutis a Elena Poniatowska*
- 1988: *Juan Soriano, niño de mil años*
- 1988: *Todo empezó el domingo*, con ilustraciones de Alberto Beltrán
- 1988: *Tlacotalpan*
- 1989: *Juchitán de las mujeres*, con fotografías de Graciela Iturbide
- 1991-2002: *Todo México I-VII* (entrevistas)
- 1991: *Bailes y balas. 1921-1931*, archivo fotográfico Díaz Delgado y García
- 1992: *Tinísima*
- 1992: *Esperanza número equivocado*
- 1993: *Agudas semblanzas*
- 1994: *Moletiques y pasiones*
- 1994: *Luz y luna, las lunitas*
- 1994: *EZLN Documentos y comunicados*, en coautoría con Carlos Monsiváis
- 1996: *Paseo de la Reforma*
- 1998: *Octavio Paz, las palabras del árbol*
- 1999: *Las soldaderas*
- 2000: *Las mil y una... La herida de Paulina*
- 2000: *Juan Soriano. Niño de mil años*
- 2000: *Las siete cabritas*
- 2001: *Mariana Yampolsky y la buganvilia*
- 2001: *La piel del cielo*
- 2003: *Tlapalería*
- 2003: *Todo México* (entrevistas tomos I-VIII)
- 2005: *Obras reunidas*
- 2005: *Sabores escondidos de la ciudad de México*, con fotografías de Ignacio Urquiza
- 2005: *Miguel Covarrubias, vida y mundos*

- 2006: *El tren pasa primero*
- 2006: *Punto de Lectura*
- 2006: *La Adelita*, con ilustraciones de Fernando Robles y Raúl de la Rosa
- 2007: *Amanecer en el Zócalo. Los 50 días que confrontaron a México*
- 2007: *La herida de Paulina: crónica del embarazo de una niña violada*
- 2007: *El burro que metió la pata*, con ilustraciones de Fernando Robles
- 2008: *Rondas de la niña mala*, con ilustraciones de Leonora Carrington y Pablo Weisz Carrington
- 2008: *Jardín de Francia*
- 2008: *Boda en Chimalistac*
- 2009: *Paseo de la Reforma*
- 2009: *No den las gracias: la colonia Rubén Jaramillo y el Güero Medrano*
- 2009: *La vendedora de nubes*
- 2011: *Leonora*
- 2013: *El universo o nada. Biografía del estrellero Guillermo Haro*
- 2013: *Sansimoni*, con ilustraciones de Rafael Barajas *El Fisgón*
- 2014: *Llorar en la sopa*
- 2014: *Hojas de papel volando*
- 2014: *El niño estrellero*
- 2015: *Dos veces única*
- 2016: *Las indómitas*
- 2019: *El amante polaco*, libro 1
- 2021: *El amante polaco*, libro 2

ACTA DE PREMIACIÓN

En la Ciudad de México, siendo las 12:34 horas del día 14 de agosto de 2023, reunidos de manera virtual, a través de la plataforma Zoom, y encontrándose presentes en su carácter de miembros del jurado, René Acosta, Concepción Company Company, Javier Garciadiego, Luis García Montero y Margo Glantz, acompañados en este acto por Rodrigo Borja Torres, como director general de Bibliotecas, representante de la Secretaría de Cultura del Gobierno de México, y Julia Santibáñez, coordinadora de la Cátedra Carlos Fuentes de Literatura Hispanoamericana, representante de la UNAM y secretaria del jurado, manifiestan que se han reunido para llevar a cabo la evaluación y selección de la persona ganadora del **Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español 2023**. El premio es promovido por la Secretaría de Cultura del Gobierno de México y la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de una convocatoria pública dirigida a ministerios, secretarías de Estado e instancias gubernamentales encargadas de la promoción y difusión de la cultura y las artes en los países de Iberoamérica, así como academias pertenecientes a la Asociación de Academias de la Lengua Española, instituciones de educación y de cultura, públicas o privadas, nacionales e internacionales, que por su naturaleza, fines u objetivos se encuentran vinculadas a la literatura en lengua española.

Después de haber llevado a cabo la revisión de las propuestas presentadas por las distintas instancias, el jurado ha acordado designar como ganadora de esta edición del premio a **ELENA PONIATOWSKA AMOR**, quien firmará el contrato correspondiente con la Universidad Nacional Autónoma de México, por la cantidad equivalente en pesos mexicanos a \$125,000.00 USD, al tipo de cambio del día de la publicación de la convocatoria, mismos que recibirá al momento de la premiación.

Los miembros del jurado han designado por mayoría a **ELENA PONIATOWSKA AMOR** como ganadora del **Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español 2023** por su amplia trayectoria y por sus aportaciones a las letras en lengua española, a través de periodismo, crónica, entrevista y novela. Sus textos han narrado, mediante testimonios y ficción, momentos capitales de la historia reciente de México.

La noticia de la persona ganadora se dará a conocer en la Ciudad de México, el 14 de agosto de 2023.

Leída que fue la presente Acta y enteradas las partes de su contenido y no habiendo nada más que agregar, se da por terminada la reunión para la evaluación y selección de las candidaturas al Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español 2023, a las 12:34 horas del mismo 14 de agosto de 2023 y firmándose para que obre como constancia.

Miembros del Jurado



RENEÉ ACOSTA



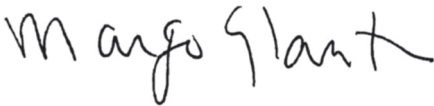
CONCEPCIÓN COMPANY
COMPANY



JAVIER GARCADIIEGO



LUIS GARCÍA MONTERO



MARGO GLANTZ

Por el Comité Organizador

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Julia Santibáñez', with a horizontal line drawn through the middle of the signature.

JULIA SANTIBÁÑEZ
Secretaria del Jurado

CARLOS FUENTES SOBRE ELENA PONIATOWSKA

La vi por primera vez disfrazada de gatito en el Jockey Club de México.

Salimos hace muchos años, juntos; yo con un libro de cuentos, *Los días enmascarados*; ella con un singular ejercicio de inocencia infantil, *Lilus Kikus*. La ironía, la perversidad de este texto inicial no fueron percibidos de inmediato. Elena fue ganando gravedad junto a la gracia. Sus retratos de mujeres famosas e infames, anónimas y estelares, crearon una gran galería biográfica del ser femenino en México.

Siempre admiro su convicción y su valor. No siempre estoy de acuerdo con ella en sus juicios, pero por fortuna hoy la democracia mexicana se hace de acuerdos y desacuerdos lícitos, respetables y respetados. Lo importante de Elena es que sus posiciones en la calle no disminuyen ni suplantán sus devociones en la casa: el amor a sus hijos, la fidelidad a sus amigos, la entrega a sus letras.

Se incluyen en este libro lecturas que convierten a la ficción en periodismo y al periodismo en biografía, como si Elena tuviera el poder de hacer y deshacer géneros, liberándose (y liberándonos) de la estrechez genérica. ¿Dónde empieza el periodismo en *Hasta no verte Jesús mío* y dónde comienza la ficción? ¿Dónde termina la ficción en *Tinísima* y dónde empieza la biografía?

Elena es una *new journalism* en sí misma, aunque también una nueva biógrafa y una nueva novelista.

Vale la pena leer a Poniatowska como un “estar en el mundo”. Entonces se disuelven las rigideces formales y regresamos al origen moderno, cervantino, de la narración: ética y picaresca, bucólica y urbana narración dentro de la narración, ensayo y poema, noticia crítica.

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO POR EL PREMIO CARLOS FUENTES

ELENA PONIATOWSKA

Recibir un premio que lleva el nombre de Carlos Fuentes, a quien conocí desde los cincuenta, cuando aún no sabíamos cuál sería nuestra vocación, equivale a levantar la vista sorprendida por un estallido de luces que gira en el cielo como la Rueda de la Fortuna gira sobre la tierra.

En los cincuenta, Fuentes estalló como un fuego de artificio y todas las luces cayeron sobre nuestra cabeza. Pérez Prado nos hacía bailar y Fuentes cantaba en el Salón México: “Yo soy el icuiricui, yo soy el macalacachimba”. Éramos buenos para el mambo y el chachachá.

Fuentes era el más vital, el más alerta, el más entregado de los jóvenes creadores de nuestra generación. Desbordaba vida y audacia. Estaba en todo, lo sabía todo, conquistaba a la “niña bien” y a la Gladys García de ojos de capulín, entraba al Salón México y a la Sala Manuel M. Ponce. En su corazón que latía al cien por ciento se grababan voces y acontecimientos que otros pasaban por alto. En las reuniones del cineasta yucateco Manolo Barbachano Ponce, Carlos sobresalía por su pasión por las horchatas y los papadzules. Fue Carlos quien le puso a la ciudad de México: “Kafkahuamilpa”. Caminaba por la calle de Madero como si fuera a recibir un premio en el Zócalo.

Su admiración por Buñuel y por Octavio Paz resultó contagiosa, su amistad con Fernando Benítez y su indignación por

algunos sucesos políticos lo llevó a actos de solidaridad como el de acompañar durante varios días a la familia de Rubén Jaramillo, asesinado el 23 de mayo de 1962 en Morelos. Su pasión por México y por lo que sería su propia obra lo convirtió en un volcán humano. Carlos Fuentes hacía juego con el Popocatepetl y la Iztaccíhuatl, vivía en una región tan fogosa como las páginas de su primera novela, *La región más transparente*, que muy pronto atravesó fronteras y nos animó a todos.

En nuestras reuniones, Fuentes imitaba a los demás y habría sido un gran caricaturista, pero su talento lo hizo abarcar un campo más amplio, el de la literatura. Su erudición y su crítica nos dieron una idea más generosa de nosotros mismos. Quienes colaboramos en *México en la Cultura* de Fernando Benítez respiramos un gran viento de libertad a través de los entusiasmos, las pasiones de Carlos Fuentes.

Insisto en su estallido creativo porque a todos nos alcanzó y porque esa misma capacidad creadora le impidió envejecer. Supo muy pronto cuál sería su vocación y se lanzó cuando otros esperaban sentados en el café de Las Américas la aparición de la musa. Fuentes abrió la puerta a lo que sucedía tras la cortina de nopal (como la llamó José Luis Cuevas) y del brazo de Octavio Paz nos situó en el globo terráqueo que hizo girar a nuestro favor.

Un escritor que tiene como antepasados a dos volcanes es un creador, un árbol de sorpresas, un volador capaz de lanzarse al vacío mientras, en lo alto, el flautista lanza notas que acompañan a los que extienden sus alas y al llegar al piso saludan a todos. Flauta y tambor fueron los instrumentos musicales que Fuentes tocó mientras le advertía a la gran orquesta de la literatura mexicana: “¡México, ahí te voy!” y sin más se unió a los voladores.

Al vacío, Fuentes lo llenó con sus letras. Nos conocimos en los cincuenta. En esos años, los embajadores de Inglaterra, de

Francia, de Estados Unidos cortejaban a la juventud dorada. En esa época se bailaba “La bamba”, “La raspa” y hasta “La conga” con la misma alegría de Carmen Miranda con una piña en la cabeza, “ticotico sí, ticotico no”, que tenía mucho de recreo escolar. Los jóvenes nos veíamos en casa de Carito Amor y Raoul Fournier y con esa pareja excepcional jugábamos adivinanzas frente al único mural que Tamayo pintó en una casa particular. Fuentes era el más dispuesto a salir de sí mismo, a jugársela y a reconocer a los demás, porque no cabía de gusto por los regalos que incendiaba su propio talento.

En los cuarenta al pueblo de San Jerónimo Lídice le llegó de pronto una gigantesca ola de cultura porque la Universidad Nacional Autónoma de México se mudó al sur. Un mundo de investigadores, maestros y estudiantes viajó de las colonias Roma y Juárez a ese inmenso despoblado llamado el sur al que algunos íbamos de día de campo. El sur era considerado una huerta de tejocotes. Enrique del Moral, Mario Pani y Teodoro González de León levantaron edificios excepcionales y Juan O’Gorman trajo las miles de piedras de colores que cubren los muros de la Biblioteca Central. El Estadio Olímpico de la UNAM nos hizo felices tanto por la belleza de sus líneas como porque los Pumas y los Pumitas metían gol y ese grito de “¡Gol!” también lo dio Carlos Fuentes, quien ya había canjeado la abogacía por una de las escrituras más briosas y fragantes del continente.

Carlos Fuentes siempre giró en un campo magnético desde que desenterró *El espejo enterrado*. Más que otros grandes mexicanos, representó para la generación de los cincuenta, el surgimiento de un viento de libertad. Hijo del Popocatépetl y de la Iztaccíhuatl, ningún sol derritió sus laderas, ninguna “cortinita de nopal” impidió que atravesara los océanos, ninguna crítica logró detener su camino ascendente.

El astrónomo Guillermo Haro lo invitó a escribir en el Observatorio Astronómico de la Universidad que en Puebla se yergue en una pequeña loma a un lado del cielo barroco de la iglesia de Santa María Tonantzintla y ahí, bajo esos dos cielos —uno creado por manos indígenas y otro para ojos científicos—, nació *Cambio de piel* en 1967.

Visitamos juntos la pirámide de Cholula y entramos en sus túneles. Fuentes ya había descubierto que viviría en la punta de la pirámide. Ya *La región más transparente* había atravesado el océano. Fernando Benítez fue el primero en subir a bordo: “Hermanito, eres un genio, hermanito, nadie como tú, hermanito, tuyo es el gran valle de *México en la Cultura*”. En 1954, los cuentos de *Los días enmascarados* habían zarpado porque, como lo cantaba el propio Fuentes, “en el mar la vida es más sabrosa”.

Veracruz y Fuentes tenían todo en común. Muy joven, el novelista se hizo dueño de una disciplina parecida a la del seminarista de Stendhal en *Rojo y negro*. Escribir con un solo dedo, desvelarse y desmañanarse frente a la página en blanco, alimentarse poco, entusiasmarse y vivir al rojo vivo, dio resultados inesperados que mucho tienen que ver con la tinta negra del cielo de Tonantzintla y su profusión de luces. Fuentes no sólo observó el cielo, sino la vida de quienes habitan viviendas casi vacías. Trescientas sesenta y cinco iglesias y capillas cuyos campanarios resuenan con tristeza le dieron su bendición. Fuentes se sentó a escribir frente a un áspero escritorio de hierro, de esos que duran una eternidad, y desde un ventanal miró día tras día a la Iztaccíhuatl y al Popocatepetl.

En Tonantzintla, las tortillas provenían de un maíz caído del cielo porque eran azules. Los volcanes custodiaban al joven novelista y cuando la actriz Rita Macedo los vio por primera vez sorprendió a Guillermo Haro al exclamar: “Mira a Fuentes, igualito al telón de Bellas Artes”.

Día tras día, mes tras mes, año tras año, Fuentes alimentó su vocación de carbón ardiente, su agilidad de flecha al sol, la energía de *La región más transparente* publicada en 1958 cruzó otros cielos. William Styron, Susan Sontag, Juan Goytisolo, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez y toda la editorial Gallimard saludaron su aparición en el cielo o en el infierno de la literatura universal como antes lo había abrazado su gran interlocutor Octavio Paz. Nosotros, los primerizos, sabíamos de Martín Luis Guzmán y de Nellie Campobello pero muy poco del México surgido a raíz de la Revolución, el de Federico Robles, quien la transformó en su cuenta bancaria.

México saludó a Carlos Fuentes quien a su vez, desprendido, admirativo y enérgico (tres de sus grandes cualidades), recibió a Octavio Paz cuando Octavio, tercer secretario de la embajada de México en Francia, regresó en 1954. Fuentes le ofreció una fiesta memorable sobre todo para mí porque apenas empezaba a escribir en *Excélsior*.

En una reunión de esas que “inmortalizan” los reporteros en las páginas de sociales de *El Universal*, don Rafael Fuentes me comentó: “Antes era yo el señor embajador, ahora soy el papá de Carlos Fuentes”. Aquí mismo quisiera dejar constancia de lo mucho que Fuentes amó a su padre, don Rafael, así como años más tarde Cecilia, su hija, habría de amar a su abuela, doña Berta Macías de Fuentes.

A raíz del triunfo de *La región más transparente*, críticos y admiradores siguieron la vocación de un autor de tiempo completo. Su talento lo lanzó a la gran literatura de nuestro planeta. Fuentes cruzó fronteras y océanos y su presencia fue requerida en universidades de cinco continentes. Su escritura abrió una puerta a un conocimiento inédito de México y de su literatura.

En México, la adoración se afila con cuchillos de carnicero. Imposible entregarse a la propia obra sin pasar por el altar de los

sacrificios, imposible mantenerse ileso entre el amor y el odio, pasiones tan diversas como las siete plagas.

A Fuentes *no* le gustaba tomar un avión, pero se acostumbró a volar. Con su obra clausuró la época de diplomáticos que sólo pueden escribir el domingo. Ya Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros habían puesto los ojos del mundo sobre los muros de la Secretaría de Educación y con sus pinceles rojos nos revelaron la formidable historia de nuestra patria; ya Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, Nellie Campobello habían descrito las grandes batallas en las que dieron la vida miles de mexicanos.

Desde esa época, Fuentes entendió que sólo dejaría de escribir a la hora de su muerte. Levantó sobre las páginas en blanco una escritura que nos engrandece. Fuentes, con su dedo índice sobre el teclado, atravesó fronteras y los cinco océanos de nuestra tierra. Al dedo índice lo bautizamos “el dedo integral”. Desde muy joven, su hija Cecilia habría de sustituir al dedo paterno y pasar en limpio cuentos, novelas y ensayos levantando hacia él ojos de una devoción que todos celebramos.

Las universidades de Europa y de Estados Unidos se apresuraron a invitar al “Fabulous young Mexican writer”: Wisconsin, Madison, Harvard, Yale, Berkeley, Georgetown, Princeton (en la que Fuentes vivió mucho tiempo). Las instancias culturales del mundo lo celebraron y atravesó el Atlántico y el Pacífico. Jóvenes admiradores siguieron la escritura nerviosa y ardiente de obras que salían una tras otra, subidas en el techo de una locomotora más rápida y fogosa que la de la Revolución mexicana. Fuentes vivía a cien por hora, era el maquinista de nuestra literatura. Conquistaría a otros volcanes y cordilleras. Su padre diplomático habría de recordar que, de niño, Fuentes los había acompañado a representar a México a lo largo y a lo ancho de continentes que dejaron huella en su memoria.

Carlos Fuentes fue un triunfador en un país que tendía a la visión de los vencidos, como lo documentó Ángel María Garibay K. y lo ratificó Miguel León-Portilla.

En cuanto a mí, recibo el premio que él me envía con un guiño: “Ahí te va, Poni, te lo tenía guardado”. Nunca creí que yo viviría más que él o que José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis y Vicente Rojo, mis compañeros de trabajo en el diario *México en la Cultura*.

A partir de 1953, pretendí documentar a México en miles de páginas fervorosas que abarcan a personajes que me impactaron: desde Alfonso Reyes hasta el estudiante de la Prepa en Coyoacán, desde María Félix hasta Jesusa Palancares, quien al lado de varias soldaderas paralizó a toda la República mexicana al acostarse con sus enaguas sobre los rieles y logró impedir, durante la Revolución mexicana, el arranque de la locomotora a partir de 1910.

Como ellas, también fui y todavía soy a los 91 años una locomotora. En mi época, a pesar del miedo al rechazo, muchas Rosarios Castellanos, Elenas Garro, Guadalupes Dueñas, Josefina Vicens, Alines Pettersons, se lanzaron pero todavía hoy nadie sabe dónde está enterrada Nellie Campobello, la única autora de la Revolución mexicana. A Pita Amor, la Liga de la Decencia la regañó diciéndole que no se podía recitar a san Juan de Dios con un escote hasta el ombligo. Más tarde la Diana Cazadora habría de abrazar con su desnudez la glorieta del Paseo de la Reforma y los mirones felices festejamos la libertad de sus senos y sus brazos abiertos. Jesusa Palancares, Lupe Marín, Tina Modotti, Leonora Carrington, Remedios Varo, María Félix, Dolores del Río, muchas “María Candelaria”, muchas “Toña Machetes” invadieron las páginas de mis libros entregados a la editorial Era.

A lo largo de setenta años, nunca abandoné el por qué, dónde, cuándo y cómo, las primeras preguntas del periodismo. Quizá

habría tenido más seguridad en mí misma de nacer en México, pero me trajeron de París y sigo preguntando lo mismo. Viéndolo bien, mi vida ha sido un inmenso signo de interrogación y ahora sigo preguntándome cómo hacer las cosas y qué va a pasar con México, cuál va a ser el destino de mis diez nietos y el de todos los niños de nuestro país.

Mis tres hijos y yo reflejamos lo que el estrellero Guillermo Haro quiso enseñarnos en el cielo, primero en el de Tonantzintla y luego en el de San Pedro Mártir en Baja California. Curiosamente una sierra llamada *La Elenita* se reúne en lo alto con el Pico del Diablo y desde lo alto del Pico del Diablo se ven dos mares, el Mar de Cortés y el Océano Pacífico.

Guillermo Haro nos enseñó a amar con veneración los frutos, las estrellas y los volcanes de México.

Este premio me hace feliz y hace felices a quienes escribimos con tal de devolver algo de lo mucho que hemos recibido. Habría yo deseado abrazar a Jesús Sánchez García, quien me abrió las rejas del Palacio Negro de Lecumberri, la cárcel preventiva de la Ciudad de México de la que saqué un sinfín de relatos de vida que con los años se volvieron también una guía de vida. Entrar a hablar en 1959 con los ferrocarrileros presos y en 1968 con los estudiantes encarcelados por su participación en el Movimiento Estudiantil de 1968 me permitió escuchar también no sólo a los jóvenes presos sino a trabajadores, así como años más tarde oí en la cárcel la voz del carpintero Alberto Lumbreras y la del líder ferrocarrilero Demetrio Vallejo, que era tan adictiva como la de Juan Gabriel.

También agradezco con una reverencia como la que le hacía Ana Pavlova a su público, al jurado de la UNAM y de la Secretaría de Cultura, quienes ponen este premio a mi alcance. En realidad, también premian a los personajes que he abrazado a lo largo de setenta años. Muy pronto entendí que también los pájaros, los perros, los

gatos podían hablar y había que ver por todos los animales como lo hizo mi abuela Elena Iturbe de Amor, quien fundó, con el apoyo del gran internacionalista Isidro Fabela, la Sociedad Protectora de Animales. Nada de vivisección ni de animales ultrajados.

Tuve la suerte de ser la hija de Paula Amor y del capitán Juan Poniatowski, ambos héroes de la Segunda Guerra Mundial, la compañera de Guillermo Haro, la madre de tres hijos: Mane, Felipe y Paula; la abuela de diez nietos: Lucas, Thomas, Andrés, Nicolás, Rodrigo, Inés, Pablo, Carmen, Cristóbal y Luna.

Espero que ustedes salgan de aquí con la certeza de que ser amiga y recordar a Carlos Fuentes es un regalo tan valioso como lo fue el propio Fuentes, un mexicano que le trajo muy buena suerte a México y seguirá trayéndosela a creadores que hoy por hoy todavía son adolescentes.

Hoy, ustedes, miembros del jurado, hoy, ustedes, Carlos, Silvia y Cecilia Fuentes, me entregan un boleto para que pueda subir a las alas del Ángel de la Independencia y desde ahí cantar como lo hacíamos en los cincuenta: “Para subir al cielo, para subir al cielo se necesita una poca de gracia, una poca de gracia y otra cosita”. Así fue la obra de Fuentes, un alto chorro de agua en una glorieta y así también la del futuro de nuestros jóvenes.

EL RECADO

Vine, Martín, y no estás. Me he sentado en el peldaño de tu casa, recargada en tu puerta y pienso que en algún lugar de la ciudad, por una onda que cruza el aire, debes intuir que aquí estoy. Es éste tu pedacito de jardín; tu mimosa se inclina hacia afuera y los niños al pasar le arrancan las ramas más accesibles... En la tierra, sembradas alrededor del muro, muy rectilíneas y serias veo unas flores que tienen hojas como espadas. Son azul marino, parecen soldados. Son muy graves, muy honestas. Tú también eres un soldado. Marchas por la vida, uno, dos, uno, dos... Todo tu jardín es sólido, es como tú, tiene una reciedumbre que inspira confianza.

Aquí estoy contra el muro de tu casa, así como estoy a veces contra el muro de tu espalda. El sol da también contra el vidrio de tus ventanas y poco a poco se debilita porque ya es tarde. El cielo enrojecido ha calentado tu madreSelva y su olor se vuelve aún más penetrante. Es el atardecer. El día va a decaer. Tu vecina pasa. No sé si me habrá visto. Va a regar su pedazo de jardín. Recuerdo que ella te trae una sopa de pasta cuando estás enfermo y que su hija te pone inyecciones... Pienso en ti muy despacito, como si te dibujara dentro de mí y quedaras allí grabado. Quisiera tener la certeza de que te voy a ver mañana y pasado mañana y siempre en una cadena ininterrumpida de días; que podré mirarte lentamente aunque ya me sé cada rinconcito de tu rostro; que nada entre nosotros ha sido provisional o un accidente.

Estoy inclinada ante una hoja de papel y te escribo todo esto y pienso que ahora, en alguna cuadra donde camines apresurado, decidido como sueles hacerlo, en alguna de esas calles por donde te imagino siempre: Donceles y Cinco de Febrero o Venustiano Carranza, en alguna de esas banquetas grises y monocordes rotas sólo por el remolino de gente que va a tomar el camión, has de saber dentro de ti que te espero. Vine nada más a decirte que te quiero y como no estás te lo escribo. Ya casi no puedo escribir porque ya se fue el sol y no sé bien a bien lo que te pongo. Afuera pasan más niños, corriendo. Y una señora con una olla advierte irritada: “No me sacudas la mano porque voy a tirar la leche...” Y dejo este lápiz, Martín, y dejo la hoja rayada y dejo que mis brazos cuelguen inútilmente a lo largo de mi cuerpo y te espero. Pienso que te hubiera querido abrazar. A veces quisiera ser más vieja porque la juventud lleva en sí la imperiosa, la implacable necesidad de relacionarlo todo al amor.

Ladra un perro; ladra agresivamente. Creo que es hora de irme. Dentro de poco vendrá la vecina a prender la luz de tu casa; ella tiene llave y encenderá el foco de la recámara que da hacia afuera porque en esta colonia asaltan mucho, roban mucho. A los pobres les roban mucho; los pobres se roban entre sí... Sabes, desde mi infancia me he sentado así a esperar, siempre fui dócil, porque te esperaba. Te esperaba a ti. Sé que todas las mujeres aguardan. Aguardan la vida futura, todas esas imágenes forjadas en la soledad, todo ese bosque que camina hacia ellas; toda esa inmensa promesa que es el hombre; una granada que de pronto se abre y muestra sus granos rojos, lustrosos; una granada como una boca pulposa de mil gajos. Más tarde esas horas vividas en la imaginación, hechas horas reales, tendrán que cobrar peso y tamaño y crudeza. Todos estamos —oh mi amor— tan llenos de retratos interiores, tan llenos de paisajes no vividos.

Ha caído la noche y ya casi no veo lo que estoy borro-
neando en la hoja rayada. Ya no percibo las letras. Allí donde no le
entiendas en los espacios blancos, en los huecos, pon: “Te quiero”.

No sé si voy a echar esta hoja debajo de la puerta, no sé. Me
has dado un tal respeto de ti mismo. Quizá ahora que me vaya sólo
pase a pedirle a la vecina que te dé el recado; que te diga que vine.

ESPERANZA NÚMERO EQUIVOCADO

Esperanza siempre abre el periódico en la sección de sociales y se pone a ver a las novias. Suspira: “Ay, señorita Diana, cuándo la veré a usted así”. Y examina, infatigable, los rostros de cada una de las felices desposadas. “Mire, a éste le va a ir de la patada... A esta otra pue que y se le haga... Ésta ya se viene fijando en otro. Ya ni la amuela. Creo que es el padrino...” Sigue hablando de las novias, obsesiva y maligna. Con sus uñas puntiagudas —“me las corto de triangulito, para arañar, así se las había de limar la señorita”—, rasga el papel y bruscamente desaparece la nariz del novio, o la gentil contrayente queda ciega: “Mire, niña Diana, qué chistosos se ven ahora los palomos”. Le entra una risa larga, larga, larga, entrecortada de gritos subversivos: “¡Ji ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Jiiii!” , que sacude su pequeño cuerpo de arriba abajo. “No te rías tanto, Esperanza, que te va a dar hipo.”

A veces Diana se pregunta por qué no se habrá casado Esperanza. Tiene un rostro agradable, los ojos negros muy hundidos, un leve bigotito y una patita chueca. La sonrisa siempre en flor. Es bonita y se baña diario.

Ha cursado cien novios: “No le vaya a pasar lo que a mí, ¡que de tantos me quedé sin ninguno!” Ella cuenta: “Uno era decente, un señor ingeniero, fíjese usted. Nos sentábamos el uno al lado del otro en una banca del parque y a mí me daba vergüenza decirle que era criada y me quedé silencio”.

Conoció al ingeniero por un “equivocado”. Su afición al teléfono la llevaba a entablar largas conversaciones. “No, señor, está usted equivocado. Ésta no es la familia que usted busca, pero oja-

lá y fuera.” “Carnicería La Fortuna.” “No, es una casa particular, pero qué fortuna...” Todavía hoy, a los cuarenta y ocho años, sigue al acecho de los equivocados. Corre al teléfono con una alegría expectante: “Caballero, yo no soy Laura Martínez, soy Esperanza...” Y a la vez siguiente: “Mi nombre es otro pero ¿en qué puedo servirle?” ¡Cuánto correo del corazón! ¡Cuántos: “Nos vemos en la puerta del Cine Encanto, voy a llevar un vestido verde y un moño rojo en la cabeza...” ¡Cuántas citas fallidas! ¡Cuántas idas a la esquina a ver partir las esperanzas! ¡Cuántos!: “¡Ya me colgaron!” Pero Esperanza se rehace pronto y tres o cuatro días después allí está nuevamente en servicio, dándole vuelta al disco, metiendo el dedo en todos los números, componiendo cifras al azar a ver si de pronto alguien le contesta y le dice, como Pedro Infante: “¿Quiere usted casarse conmigo?” Compostura, estropicio, teléfono descompuesto, 02, 04, mala manera de descolgarse por la vida, como una araña que se va hasta el fondo del abismo colgada del hilo del teléfono. Y otra vez a darle a esa negra carátula de reloj donde marcamos puras horas falsas, puros: “Voy a pedir permiso”, puros: “¿Qué de qué?”, porque Esperanza no atina y ya le está dando el cuarto para las doce.

Un día, el ingeniero equivocado llevó a Esperanza al cine, y le dijo en lo oscuro: “Oiga, señorita, ¿le gusta la natación?” y le puso una mano en el muslo. Tomada por sorpresa, Esperanza respondió: “Pues, mire usted, ingeniero, ultimadamente y viéndolo bien, a mí me gusta mi leche sin nata”. Y le quitó la mano.

Durante treinta años, los mejores de su vida, Esperanza ha trabajado de recamarera. Sólo un domingo por semana puede asomarse a la vida de la calle, a ver a aquella gente que tiene su casa y su ir y venir.

Ahora ya de grande, y como le dicen tanto que es de la familia, se ha endurecido. Con su abrigo de piel de nutria heredado

de la señora y su collar de perlas auténticas, regalo del señor, Esperanza mangonea a las demás y se ha instituido en la única dueña de la bocina. Sin embargo, su voz ya no suena como campana en el bosque y en su último “equivocado” pareció encogerse, sentirse a punto de desaparecer, infinitamente pequeña, malquerida, y respondió, modulando dulcemente las palabras:

“No, señor, no, yo no soy Isabel Sánchez y por favor se me va usted mucho a la chingada”.

LA IDENTIDAD

Yo venía cansado. Mis botas cubiertas de lodo me lastraban, las arrastraba como si fueran fñretros. La mochila se me encajaba en la espalda, pesada. Había caminado mucho, tanto que lo hacía como un animal que se defiende. Pasó un campesino en su carreta y se detuvo, me dijo que subiera. Con trabajos me senté a su lado. Calaba el frío. Tenía la boca seca, agrietada en la comisura de los labios; la saliva se me había hecho pastosa. Las ruedas se hundían en la tierra dando vuelta lentamente. Pensé que debía hacer el esfuerzo de girar como ellas y empecé a balbucear unas cuantas palabras. Pocas. Él contestaba por no dejar y seguimos con una gran paciencia, con la misma paciencia de la mula que nos jalaba por los derrumbaderos, con la paciencia del mismo camino, seco y vencido, polvoso y viejo hilvanando palabras cerradas como semillas, mientras el aire se enrarecía porque íbamos de subida —siempre se va de subida—, hablamos, no sé, del hambre, de la sed, de la montaña, del tiempo, sin mirarnos siquiera. Y de pronto, en medio de la tosquedad de nuestras ropas sucias, malolientes, el uno junto al otro, algo nos atravesó blanco y dulce, una tregua. Y nos comunicamos cosas inesperadas, cosas sencillas, como cuando aparece a lo largo de una jornada gris un espacio tierno y verde, como cuando se llega a un claro en el bosque. Yo era forastero y sólo pronuncié unas cuantas palabras que saqué de mi mochila, pero eran como las suyas y nada más las cambiamos unas por otras. Él se entusiasmó, me miraba a los ojos, y bruscamente los árboles rompieron el silencio. “Sabe, pronto saldrá el agua de las hendiduras. No es malo vivir en la altura, lo malo es bajar al pueblo a echarse un trago porque

luego allá andan las viejas calientes. Después es más difícil volver a remontarse, nomás acordándose de ellas...” Dijimos que se iba a quitar el frío, que allá lejos estaban los nubarrones empujándolo y que la cosecha podía ser buena.

Caían nuestras palabras como gruesos terrones, como varas reseca pero nos entendíamos.

Llegamos al pueblo donde estaba el único mesón. Cuando bajé de la carreta empezó a buscarse en todos los bolsillos, a vaciarlos, a voltearlos al revés, inquieto, ansioso, reteniéndome con los ojos: “¿Qué le regalaré? ¿Qué le regalo? Le quiero hacer un regalo...” Buscaba a su alrededor, esperanzado, mirando el cielo, mirando el campo. Hurgoneó de nuevo en su vestido de miseria, en su pantalón tieso, jaspeado de mugre, en su saco usado, amoldado ya a su cuerpo, para encontrar el regalo. Vio hacia arriba, con una mirada circular que quería abarcar el universo entero. El mundo permanecía remoto, lejano, indiferente. Y de pronto, todas las arrugas de su rostro ennegrecido, todos esos surcos escarbados de sol a sol, me sonrieron. Todos los gallos del mundo habían pisoteado su cara, llenándola de patas. Extrajo avergonzado un papelito de no se dónde, se sentó nuevamente en la carreta y apoyando su gruesa mano sobre sus rodillas tartamudeó:

—Ya sé, le voy a regalar mi nombre.

ESTADO DE SITIO

Camino por las grandes avenidas, las anchas superficies negras, las aceras en las que caben todos y nadie me ve. Nadie voltea, nadie me mira. Ni uno solo de ellos. Ninguno da la menor señal de reconocimiento. Insisto. Ámenme. Ayúdenme. Sí, todos. Ustedes. Los veo. Trato de imantarlos; nada los retiene, su mirada resbala encima de mí, me borra, soy invisible. Sus ojos evitan detenerse en algo, en cualquier cosa, y yo los miro a todos tan intensamente, los estampo en mi alma, en mi frente; sus rostros me horadan, me acompañan; los imagino, los recreo, los acaricio. Nosotras las mujeres atesoramos los rostros; de hecho, en un momento dado, la vida se convierte en un solo rostro al que podemos tocar con los labios. Ámenme, véanme, aquí estoy. Alerto todas las fuerzas de la vida; quiero traspasar los vidrios de la ventanilla, decir: “Señor, señora, soy yo”, pero nadie, nadie vuelve la cabeza, soy tan lisa como la pared de enfrente. Debería gritarles: “Su sociedad sin mí sería incompleta, nadie camina como yo, nadie tiene mi risa, mi manera de fruncir la nariz al sonreír, jamás verán a una mujer acodarse en la mesa como yo lo hago, nadie esconde su rostro dentro de su hombro... señores, señoras, niños, perros, gatos, pobladores del mundo entero, créanme, es la verdad, les hago falta”.

Me gustaría pensar que me oyen, pero sé que no es cierto. Nadie me espera. Sin embargo, todos los días, tercamente, emprendo el camino, salgo a las anchas avenidas, a ese gran desierto íntimo tan parecido al que tengo adentro. Necesito tocarlo, ver con los ojos lo que he perdido, necesito mirar esta negra extensión de chapote, necesito ver mi muerte.

FUERTE ES EL SILENCIO. LA COLONIA RUBÉN JARAMILLO

“Sigán ustedes en la colonia, nadie va a desalojarlos, la tierra es suya”, finalizó.

Toda la asamblea de la Jaramillo aplaudió; hombres, mujeres se abrazaban como en una fiesta, varios subieron en tropel al presidium y, tomando por sorpresa a los guaruras, levantaron a Mares en hombros. Los gritos de alborozo hacían que los hombres aventaran al techo sus sombreros de palma, los aplausos iban en aumento y estaban por iniciar una porra cuando el Güero saltó frente al micrófono y empezó a gritar con rabia: “No den las gracias, no den las gracias”, hasta que silenció los aplausos y ante la perplejidad de los colonos y el temor de los funcionarios consternados por semejante reacción siguió gritando tenso, los brazos en alto: “No den las graciaaaaaas, no deeeeen las graciaaaaaas, no deeeeeeen” y lo repetía como si esto fuera lo único que pudiera salir de su boca. En medio del silencio, el Güero les dijo a los colonos en voz casi baja, terriblemente cansada y por lo tanto dulce en contraste con los gritos de cólera que lo hicieron parecer un energúmeno, que aquello que les enviaban de la capital no era un regalo sino el producto de los años, que todo eso, el agua, la luz, los postes, los desayunos escolares ya estaban pagados de antemano, que eran la sangre de sus abuelos, el polvo de los huesos, el mástil de sonajas de la mazorca, el grano lanzado en los surcos; que sólo entraban en posesión de lo que debió ser suyo hace mil años, que al que tenían que darle crédito era a su corazón porque la tierra era su casa. Al finalizar, el Güero recuperó la furia del grito inicial: “La tierra es

suya, por legítimo derecho, no son huérfanos, son mexicanos, aquí los sembraron y aquí tienen que crecer, sembrarse en sus hijos, la tierra es suya, y la mazorca, y la flor azul que se enlaza con la flor roja, suya es la luz, suya el agua, suya, suya porque los han expulsado, no vivan agradecidos, nada tienen que agradecerle a nadie, nada, nada, nadaaaaa salvo a sí mismos y a su trabajo”.

Los visitantes nunca habían visto el entusiasmo despertado por un dirigente popular y nada podía destantearlos tanto. Tras del micrófono, los hombros encorvados, la cabeza ladeada, por el rostro sensible y el cuerpo esmirriado del Güero pasaban ráfagas que aún lo estremecían y lo afeaban. Su boca enchucada por la tensión estaba cubierta de saliva. Por más que la limpiaba con la manga de su camisa, la boca no regresaba a su estado normal, seguía colgada, húmeda, roja, impúdica. Parecía extraño que una figura tan endeble fuera un conductor de masas. Micaela corrió a su lado: “¡Qué barbaridad, Güero, qué barbaridad, Güerito!”, repetía, sin saber si era por el discurso o por el estado en que éste lo había dejado. Elena, la secretaria, lloraba sin intentar siquiera enjugar las lágrimas que corrían a lo largo de su cara como sus brazos caían a lo largo de su cuerpo. “Jesús, María y José, que el Güero vuelva en sí.” Lo veían como a la santa tierra que él les había entregado y, con sólo mirarlo ahora, intuían que moriría. Si el Güero desaparecía les quitarían de nuevo las tierras, y a la tierra se viene a vivir, carajo, no a morir, y volverían a la muerte de antes, a la vecindad, a la pocilga ajena. “¡Qué barbaridad, Güerito!” Micaela no se atrevió a abrazarlo hasta que él mismo dio un paso y ella lo recibió sobre su regazo ancho de mujer deseada.

—Mañana vamos a hacer mole —le dijo como a un niño—, mañana será día de fiesta.

JUAN RULFO: EL ESCRITOR MÁS TRISTE DE LA TIERRA

Para sacarle provecho a Rulfo hay que escarbar mucho, como para buscar la raíz del chinchayote. Rulfo no crece hacia arriba sino hacia adentro. Más que hablar rumia su incesante monólogo en voz baja, masticando bien las palabras para impedir que salgan. Sin embargo, a veces salen. Y entonces, Rulfo revive entre nosotros el procedimiento de ponerse a decir ingenuamente atrocidades, como un niño que repitiera las historias de una nodriza malvada.

Rulfo ha escrito dos libros: *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*. Esas 325 páginas rayaron de una vez por todas a la literatura mexicana.

Por algo, *Pedro Páramo* se llamaba primero *Los murmullos*, porque eso es lo que se oye en toda la novela, un rumor de ánimas en pena que vagan por las calles del pueblo abandonado. Rulfo se parece a esos hombres temerarios que aceptan la cita del fantasma y se ponen a hablar con él a medianoche: “En nombre de Dios te digo si eres de este mundo o del otro” y que luego amanecen medio atarantados, todavía con el temblor del miedo sacudiéndoles el cuerpo y sin ganas de conversar ya con los vivos. El propio Rulfo tiene mucho de alma en pena, y sólo habla a sus horas, en esas horas de escritor serio y callado, tan distinto de todos aquellos que aprovechan cualquier oportunidad de demostrar su inteligencia. A Rulfo no le gusta hablar de sí mismo porque se ha dado por entero a las voces de su pueblo, a los murmullos de Comala que todos los días se abren paso en él, trabajosa y torpemente porque Rulfo apenas les ayuda a expresarse, los avienta en un petate y los ataranta hasta que dan la última bocanada. Todas las tierras de

Rulfo parecen zonas de desastre. Los personajes titubean, buscan poco a poco su lenguaje de labriego, sus duras palabras de piedra y de lodo que traducen el alma humana, repitiendo sus giros, insistiendo en la idea fija: malos y buenos en la inocencia de su índole a medias cortesana y salvaje.

Rulfo siempre tiene un aire de poseído, y a veces se percibe en él esa cierta modorra de los médiums: anda a diario como un aparecido cumpliendo de mala gana los menesteres vulgares de la vida despierta. Con el oído atento, deja pasar todos los ruidos del mundo en espera del mensaje preciso que otra vez ha de ponerlo a escribir. En sus cuentos hablan muchas almas individuales, pero en *Pedro Páramo* Rulfo puso a hablar a todo un pueblo, las voces se revuelven una con otra y no se sabe quién es quién. Mas no importa. Las almas comunicantes han formado una sola: vivos o muertos, los hombres de Rulfo entran y salen por nuestra propia alma como Pedro por su casa.

—¿Y Efrén Hernández?

—Ése, lo sabes bien, ya murió.

—¿Y Agustín Yáñez?

—Murió. ¿Por qué me lo preguntas si ya lo sabes?

—Porque tú estás vivo y tú eres un gran escritor.

—Pues yo siento que soy un pobre diablo, así es el sentimiento que yo tengo, soy todo deprimido y marginado.

—Eres más ocurrente que eso, Juan.

—Eso sí, tengo mis ocurrencias. Pero lo que no me gusta es la gente, hablar en público, no me siento nada bien. Me entra el pánico, me deprimó mucho, por eso te digo que soy deprimido, siempre tengo la presión baja, entonces me entra una depresión más baja que la depresión.

En 1970, cuando recibió el Premio Nacional de Literatura murmuró con su voz cascada:

No recuerdo por ahora quién dijo que el hombre era una pura nada. No algo, ni cualquier cosa, sino una pura nada. Y yo me siento así en este instante; quizá porque conociendo lo flaco de mis limitaciones jamás elaboré un espíritu de confianza; jamás creí en el respeto propio.

Allá en Comala, he intentado sembrar uvas; no se dan. Sólo crecen arrayanes y naranjos; naranjos agrios y arrayanes agrios. A mí se me ha olvidado el sabor de las cosas dulces.

Para eso de las entrevistas, Rulfo es como los arrayanes y los naranjos que se dan en Comala. Cuando le hice la primera pregunta en enero de 1954, me quedé media hora esperando la respuesta. Me miraba lastimosamente como miran esos perros a quienes se les saca una espina de la pata. Y al fin comencé a oír la voz de los que cultivan un pedazo de tierra seco y ardiente como un comal, áspero y duro como un pellejo de cava.

En 1953, hace 70 años, cuando me inicié en el periodismo, Rulfo era gordito y a él —el árbol de *El llano en llamas*— le gustaban mucho los sabinos del Paseo de la Reforma. Después se hizo famoso y eso ya no le gustó tanto, porque la celebridad ataranta. Pero en esos años, Rulfo cuando caminaba por las calles de Tíber, de Duero, de Ganges, Nazas y Guadalquivir (el Fondo de Cultura Económica estaba en la calle de Pánuco), la tristeza no se le veía por ningún lado. Luego se hizo el escritor más triste de todo el continente, desde la Patagonia hasta Alaska y nosotros hemos seguido arrojándolo para poder conservar esa gran tristeza que hace de él un ánima en pena, la de la misma muerte de Pedro Páramo cayéndose como un montón de piedras que es y será su propia muerte.

Rulfo también nos avienta la tristeza de las beatas enlutadas de Anacleto Morones, la de la niña Tacha que pierde la vaca en su

cuento “Es que somos muy pobres”, la de nuestro presente condensada en el viaje del migrante en su “Paso del Norte”.

Como Pedro Páramo, Rulfo es hombre de pocas palabras, árido, hosco, desalentado. Porque a Rulfo todo parece desalentarlo, la vida, los honores, el trato con los demás y sobre todo las entrevistas. Yo creo que desde siempre se siente extraño, no sólo en el llamado Distrito Federal sino en el mundo. Y es que salió de una barranca muy honda, la de Apulco, y de ahí también, con mucho trabajo, fue sacando los recuerdos y desde entonces, al hilvanarlos en dos libros prodigiosos, algo se le desacomodó por dentro, quizá el alma.

Yo vivo muy encerrado, siempre muy encerrado. Voy de aquí a mi oficina y párale de contar. Me la vivo angustiada. Yo soy un hombre solo entre los demás. Con la única que platico es con la soledad. Vivo con ella. Ya sé que todos los hombres están solos, pero yo más. Me sentí más solo que nadie cuando llegué a la ciudad de México y nadie hablaba conmigo, y desde entonces la soledad no me abandona. Mi abuela no hablaba con nadie, esa costumbre de hablar es del Distrito Federal, no del campo. En mi casa no hablamos, nadie habla, ni yo hablo con Clara ni ella conmigo, ni mis hijos tampoco, nadie habla, eso no se usa, además yo ni quiero comunicarme, lo que quiero es explicarme lo que sucede y todos los días dialogo conmigo mismo, mientras cruzo las calles para ir a pie al Instituto Nacional Indigenista, voy platicando conmigo mismo para desahogarme, hablo solo. No me gusta hablar con nadie.

—Como le haces al cuento, Juanito.

—Hace mucho que no los hago.

Encontraba yo a Rulfo en la Galería de Arte de Antonio Souza en la esquina de Paseo de la Reforma y Lieja. También lo veía com-

pungido en una que otra cena en su honor. En una, la admiradora más ferviente se acercó para preguntarle: “Señor Rulfo, ¿qué siente usted cuando escribe?”, y casi sin levantar los ojos, Rulfo gruñó: “Remordimientos”. En otra, en la embajada de Italia, en una larga mesa ceremoniosa, Alberto Moravia, acompañado por su nueva mujer, la feminista Dacia Maraini, lo instó: “Señor Rulfo, la cena está por terminarse y no hemos escuchado su voz”, y entonces Rulfo dijo muy despacito: “Saben ustedes, allá en Comala están desenterrando los cadáveres de los caballos”.

Tras su apariencia arisca, su flacura, su hablar lacónico y entelerido, sus manos y su rostro huidizos se levantan los anaqueles de una de las bibliotecas más completas y eruditas de México, la suya, así como una discoteca llena a reventar con el vinilo negro que resguarda a Vivaldi, a Lully y a Domenico Scarlatti, a Couperin y Buxtehude, a Telemann, Pergolesi, Rameau, Cimarosa y sobre todo al inglés de los madrigales Thomas Morley. Así como las piedras de las fortalezas medievales rezuman canto gregoriano, así Rulfo recoge el sonido de los laúdes, el clavicordio, la mandolina. A la hora de maitines se levantan las voces puras y agudas que hienden el alma y se vuelven cordero de Dios.

Elena, yo escucho a Orlando de Lassus, a Perotinus Magnus, a toda la música de la Edad Media. Mira, me sé de memoria la obra entera de una infinidad de músicos de la Edad Media, el Renacimiento y conozco a todos los venecianos hasta la cumbre del Barroco: Bach. ¿Conoces las grandes misas de difuntos, los réquiem, la Escuela de Notre Dame, Charpentier, Guillaume Dufay, el hijo de un sacerdote desconocido? ¿Has oído alguna vez El camino de Santiago? La música antigua española es preciosa, la de Alfonso el Sabio; los cantos; ésa es la que más me llega, las oigo todas las noches, por eso no salgo de mi casa, leo y escucho. ¿Escuchaste a Corelli, Gabrieli,

Vivaldi, Albinoni, Boccherini, Tartini, Cherubini, Haendel? No oigo nunca música coral, tampoco me gusta el rocanrol, no me preguntes eso a mí, nada de lo moderno me gusta, ni la literatura de la Onda, ni la música de la Onda, ni los chavos y chavas, ni sus patines o rollos, ni sus palabras atravesadas, su estridencia, su disloque, su estupidez. Podría yo renunciar al Centro Mexicano de Escritores con tal de no leer literatura de la Onda.

¿Cuánto tiempo necesitó Rulfo para ser RULFO? Antes, trabajó en el Archivo de la Secretaría de Gobernación con Jorge Ferretis, quien también escribió (poquito). Más tarde lo nombraron agente de migración en Tampico, Ojinaga, San José del Cabo y Guadalajara. Su misión era pescar a los que no tenían papeles en regla. (Para mí, los papeles siempre han sido traumáticos; permiso de estancia, visa, pasaporte, FM2, permiso de trabajo, permiso de vida. No hay lugar sobre la tierra para los exiliados, su patria es el mar, la estratosfera, la luna. Cuando se lo conté a Rulfo me dijo, con su cigarro en la boca: “Te entiendo muy bien”.) A la oficina de migración en Guadalajara a Juan Rulfo le enviaron la tripulación de petroleros alemanes e italianos detenidos en Tampico y Veracruz.

Representaban a la Alemania nazi y a la Italia de Mussolini, contra las que México estaba en guerra. Eran 800 marineros. Yo me encargué de vigilarlos, tenían a Guadalajara como prisión, podían andar en la calle pero no salir de la ciudad y todas las mañanas les pasaba yo lista. El mío era un trámite rutinario porque no había posibilidad de escape. El Atlántico donde estaban atracados sus barcos era el único punto en el que podría haber establecido algún tipo de contacto.

Antes de casarse, Rulfo trabajó en la Goodrich vendiendo llantas.

Yo era un agente viajero, a los 21 años recorrí la república en mi coche, conozco caminos de terracería y brechas por las que nadie transita; tuve muchos pedidos, las llantas se venden solas [...]. El trabajo que más me gustó fue el de la Comisión del Papaloapan, la construcción de una planta eléctrica para que llegara el agua a las tierras áridas cerca de Veracruz durante el sexenio de Miguel Alemán.

Rulfo jamás dejará de sorprendernos. ¿Acaso se sabe que perteneció al Sierra Club?:

Subí al Popo y al Izta, al Pico de Orizaba, al Nevado de Toluca, al Tanzítaro, ese volcán entre Guatemala y México... Soy bueno para caminar y mejor alpinista, escalé el Iztaccíhuatl por la cabeza, las peinetas que le llaman y pocos han trepado por esas aristas porque son muy peligrosas, se puede intentar una vez pero no te quedan ganas de volver; es demasiado peligroso. Nuestro guía en las excursiones era un señor experimentado, no recuerdo su nombre, no recuerdo muchos nombres de la gente, se me van y no regresan, se me están olvidando las cosas.

(Rulfo se entristece, una ráfaga de desaliento pasa por su rostro engarrñado que minutos antes se le había alisado al hablar de los árboles.) Entre sus respuestas dadas a regañadientes me contó de su árbol favorito, la cordelina, que da frutos parecidos a las granadas chinas, pero en cordel.

En un cordel empiezan a colgarse las granadas; la cordelina es un árbol muy noble que crece solo y es muy vivo. Tiene una vida casi humana (la voz de Rulfo al decir esto se vuelve muy bella) porque es una especie de enredadera que procura apoyarse en

donde puede. Si tú le quitas los apoyos a una cordelina, alarga sus estípites o como se llamen hasta donde encuentra su amarre y de ahí se va deteniendo.

Me gusta muchísimo esta conversación con Rulfo a propósito de la cordelina; ni una sola vez se le ha arrugado la frente, no ha hecho gestos; al contrario, echa la cabeza para atrás como si recordara a la planta. Quizá sea el beneficio que el árbol ejerce sobre el escritor, sólo pensar en la cordelina lo apacigua. Rulfo se distiende, se vuelve árbol y no le cuesta ningún trabajo porque siempre ha estado pegado a las cosas de la tierra. “Otro árbol que es muy bonito cuando está retoñando, es el nogal de castilla, las hojas tienen un color que no se parece a ningún otro verde. Yo soy muy amigo de los árboles, de todos, menos de los huizaches y de los mezquites que tú no conoces porque todavía eres muy joven.”

LAS AZOTEAS

Las azoteas tienen precipicios en sus costados. Cuando uno sube y mira hacia delante, la ciudad no es más que un solo techo. Abajo, en la barranca de la calle, hormiguean las gentes pequeñas. ¿Para qué se mueven tanto? Sus rostros fijos en la banquetta, sus nuca frágiles: cabecitas de alfiler. Por la mañana, las azoteas son las montañas de concreto de la ciudad; las calles se desenvuelven como cauces de río profundo. Algunos techos semejan jardines que han brotado entre la piedra, sembrados a ojo de pájaro por el viento. Otras azoteas ponen al hermano sol a secar miles de banderas blancas: sábanas, camisas, enaguas, que para los aviadores son pañuelos de adiós...

Las azoteas viven estrictamente ligadas al alba y al crepúsculo. De día, las lavanderas se protegen bajo un toldo, tienden la ropa y no se quedan mucho tiempo porque el sol pega duro. Pero temprano en la mañana con la energía de la primera hora sube alguna criadita a bañarse en una palangana porque hoy le toca su salida; otra a lavar su vestido de los domingos —el menos percutido— para que esté seco por la tarde. Allí reciben todas las luces que trae el día; luces de agua, de música, luces buenas, alegres, de puro oro, en las que todavía chisporrotea una estrella rezagada.

Las azoteas son el patrimonio de las criadas. A la hora del crepúsculo van a platicar: entablan amistad con otras del mismo edificio, leen las cartas que como padrenuestros reciben de su pueblo: “Por la presente te mando saludar, deseando estés bien de salud, con el favor de Dios”, y les hacen señas a sus donjuanes. Es el único lugar donde son verdaderamente libres. Por eso se peinan

alisándose con el agua del lavadero y con verbena para que no les caiga orzuela, para que no se troce el cabello.

—Eduviges, ¿qué cosa hay en la azotea?

—¡Ay niño, ven tú a ver!...

—Mi mamá no me deja... Dice que sólo los gatos...

(Eduviges respinga con eso de “gatos”.)

—Mira, hay pelotas, globos perdidos, papalotes, aviones atordados en las antenas de televisión...

—¡Oh, Eduviges!

¡Nada tan bonito como asomarse a un tragaluz! Huele a sopa, a frituras, se ven las recámaras, las mesas con sus manteles bordados y las criadas vislumbran la intimidad de la inquilina del tres, la del siete: “¿Sabes?, la señora del dieciséis tiene un jarrón rechulo. Lo vi por el tragaluz”. Cuando comienza a oscurecer se oyen gritos desde el abismo: “¡Eduviges! ¡Eduviges!” Entonces se apresura:

—Me llama mi patrona pa’ lo de la merienda.

A diferencia de los tejados de los pueblos, donde se tienden a secar las calabazas y el maíz, casi todas las azoteas de la ciudad son color de lluvia y de viento. Se alzan por encima del bullicio interno del edificio, de los miles de gritos, puertas que se abren y se cierran, radios de comedias sentimentales, telenovelas y timbrazos. Las azoteas son torres de silencio que coronan las casas. Allá se apaga todo. Los ruidos llegan atenuados y tan sólo se escuchan los zumbidos del agua en los tubos, los tinacos despreocupados que gotean y el chapoteo del aire sobre la sábana mojada.

ÍNDICE

- 7 POSTULACIÓN DE LA SECRETARÍA DE CULTURA DEL GOBIERNO DE MÉXICO
- 9 ANEXO
- 11 PREMIOS Y RECONOCIMIENTOS DESTACADOS
- 12 OTROS PREMIOS Y RECONOCIMIENTOS
- 14 OBRA
- 17 ACTA DE PREMIACIÓN
- 21 CARLOS FUENTES SOBRE ELENA PONIATOWSKA
- 23 DISCURSO DE AGRADECIMIENTO POR EL PREMIO CARLOS FUENTES. ELENA PONIATOWSKA
- 33 FRAGMENTOS DE TEXTOS DE ELENA PONIATOWSKA
- 33 EL RECADO
- 36 ESPERANZA NÚMERO EQUIVOCADO
- 39 LA IDENTIDAD
- 41 ESTADO DE SITIO
- 42 FUERTE ES EL SILENCIO.
LA COLONIA RUBÉN JARAMILLO
- 44 JUAN RULFO: EL ESCRITOR MÁS TRISTE DE LA TIERRA
- 52 LAS AZOTÉAS

Elena Poniatowska

PREMIO INTERNACIONAL CARLOS FUENTES
A LA CREACIÓN LITERARIA EN EL IDIOMA ESPAÑOL
2023

editado por la Universidad Nacional Autónoma de México, se terminó de imprimir el 20 de octubre de 2023 en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V., ubicados en 5 de Febrero núm. 2309, colonia San Jerónimo Chichahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México. En su formación se emplearon las fuentes Sabon y Avenir. El tiraje fue de 500 ejemplares impresos en offset en papel Bond blanco de 120 g a dos tintas.

Diseño de portada e ilustración: **Manuel Monroy**
Diseño editorial y portada: **Regina Olivares**
Formación: **Inés P. Barrera**
Cuidado de la edición: **Alejandro Soto Valladolid**
Directora general: **Socorro Venegas**
Coordinación editorial: **Elsa Botello L.**



CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



culturaUNAM



Publicaciones
& Fomento
Editorial



DIRECCIÓN DE
LITERATURA UNAM

CATEDRA EXTRAORDINARIA
CARLOS FUENTES



9 786073 082068